

SOCIEDAD Y VIOLENCIA

Dr. MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

Esta exposición constituye el marco general de un tema que los demás ponentes lo irán desarrollando en forma más concreta, al tocar los diferentes puntos aquí apenas señalados. Dada la limitación del tiempo, nos reduciremos a simplificaciones y esquematizaciones, con todos los riesgos que conllevan.

Algunos conceptos sobre la sociedad

No se puede o sería elemental, hablar o definir en forma genérica la sociedad, ya que ella se manifiesta en diversas formas concretas a través de la historia, que si bien mantienen ciertos rasgos comunes, poseen sus diferencias específicas, como cuando hablamos de la sociedad gentilicia, esclavista, feudal, capitalista y socialista. Pero toda sociedad para subsistir requiere de los medios necesarios de vida, alimentos, vestidos, habitación, que no los entrega la naturaleza aptos para el consumo sino que debemos transformarlos por medio del trabajo, que es lo que distingue al hombre de los animales y le ha permitido que emerja como un ser humano y social.

La producción, por lo mismo, es la creación de los bienes necesarios para la existencia y desarrollo de la sociedad, por lo cual tiene siempre un carácter social y presupone tres elementos: el trabajo, como la acción consciente del hombre encaminada a un fin; el objeto de trabajo, o sea aquello que se desea transformar; y los medios de trabajo (instrumentos, herramientas, maquinaria, instalaciones, etc.), con los que el hombre actúa sobre el objeto de trabajo, volviéndolo un bien apto para la satisfacción de sus necesidades. Los objetos y medios de trabajo, forman los medios de producción. Estos y los hombres que los manejan, constituyen las fuerzas productivas, que expresan el nivel de las relaciones del hombre y la sociedad con la naturaleza. Pero los hombres al producir, entran en relaciones a las que se denominan relaciones de producción, entre las cuales predomina la relación de propiedad. El conjunto de las fuerzas

productivas y las relaciones de producción, forman el modo de producción. Las relaciones de producción son la base económica de la sociedad, sobre la que se levanta la superestructura política, jurídica, ideológica y cultural de la misma. Cuando las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción, se inicia un proceso de revolución social.

No hay que confundir el modo de producción, que es una categoría abstracta, con la formación económico social, que es concreta, una totalidad de la estructura y superestructura. Según Marx, existen las formaciones económico sociales: antigua, asiática, feudal y capitalista. Pero hay que anotar que no se trata de una enumeración exhaustiva ni que debe desarrollarse en forma lineal, como las estaciones del año, según lo concibiera la Segunda Internacional, sino que ella corresponde al desarrollo histórico del Mediterráneo y la Europa Occidental, que no puede trasladarse mecánicamente a otros ámbitos, porque ello sería transformar la teoría en una filosofía de la historia, sino hacerse en forma inteligente y creadora, de acuerdo con cada realidad social.

Nuestras breves notas se centrarán en la formación social capitalista, especialmente en su etapa imperialista y en el ámbito continental y más específicamente latinoamericano, sin olvidar sus conexiones con la totalidad mundial.

LA SOCIEDAD, EL ESTADO Y SUS APARATOS DE VIOLENCIA

El Estado nace de las entrañas de la sociedad y en un determinado momento histórico. La división social del trabajo y su mayor productividad, conlleva la creación de un excedente del que pueden apoderarse otros hombres, con lo que nacen la propiedad privada y las clases sociales y sus luchas: esclavistas y esclavos, señores y siervos, capitalistas y proletarios. La sociedad gentilicia, unida e integrada por la propiedad colectiva de sus escasos medios de producción, el trabajo y la distribución colectivos, ha sido desgarrada por la propiedad privada, la explotación de unos hombres por otros, los intereses de clase y su antagonismo y ahora esa unidad e integridad sólo pueden mantenerse por el sometimiento de una clase o clases por otra u otras, lo que permite al bloque dominante adueñarse de los medios de producción, no sólo someter y explotar a los dominados, sino la imposición de su voluntad y dirección a toda la sociedad. Para esto se requiere de un aparato de violencia que cumpla estos objetivos, el Estado, que no es la encarnación terrenal de la idea absoluta como en Hegel, ni es su función conciliar los intereses antagónicos, ni representa los intereses de toda la sociedad, ni se halla sobre ésta. Lenin lo define como "una forma particular de organización de la fuerza, la organización de la violencia para someter a otra clase".

Entre las principales funciones del Estado, están la de mantener el "orden" interior que, como sabemos, se basa en el dominio y explotación de una clase por otra; y en lo exterior, en lo fundamental, proteger el territorio del país de la amenaza o agresión de los otros Estados, lo que conduce muchas veces a la

guerra, que es la más alta expresión de la violencia y de la lucha de clases a nivel internacional. Del Estado emanan las leyes o sea el conjunto de normas obligatorias que refrendan las relaciones de producción existentes y sobre todo el llamado sagrado derecho de propiedad privada. Para el cumplimiento de estas funciones se requiere de instrumentos de poder, de violencia, como el Ejército, la Policía, los Tribunales de Justicia, las cárceles y más centros de reclusión, para lo cual se requiere un conjunto de hombres dedicados a la administración, la política, la ideología política, todo lo que se denomina burocracia estatal, para cuyo mantenimiento se carga de impuestos a la colectividad, se crean departamentos financieros y otros de diversa índole. Todo este aparato de violencia crece como una montaña de plomo sobre las clases dominadas, sobre el pueblo sometido y expoliado. "La burocracia es el formalismo de Estado de la sociedad política, es la conciencia del Estado, la voluntad del Estado, la fuerza del Estado en cuanto es una **corporación**... por tanto una sociedad particular, **cerrada**, en el Estado" (Marx).

En los tiempos actuales, se ha tratado de extender el concepto de Estado, ampliando la relación entre la sociedad política y la sociedad civil. Antonio Gramsci lo ha definido como "un complejo global de actividades teóricas y prácticas con las cuales la clase dominante no sólo justifica y conserva su dominación, sino que logra preservar el consenso activo de quienes son gobernados", es decir, que no sólo es aparato de dominación sino que promueve el consenso: coacción, por una parte, y dirección intelectual y moral, por otra, lo que sintetiza en el concepto de hegemonía, ejercida sobre el bloque histórico, que incorpora a las clases dominantes, las clases secundarias. En otros términos, no sólo encontraremos aparatos de represión, que utilizan la violencia física, sino otros que imponen los puntos de vista, la concepción del mundo, las ideas y pensamientos, la ideología en general, de la clase dominante. Entre estos aparatos, denominados por Althusser como aparatos ideológicos del Estado, aunque no concordamos con muchas de sus apreciaciones, están: el sistema escolar, los partidos políticos, la iglesia, los medios de comunicación masiva, los organismos culturales, etc., que si bien no ejercen una violencia material, lo hacen en el campo intelectual y espiritual, contribuyendo a la reproducción y mantenimiento del sistema de sumisión y explotación.

Es claro, que si cuando se utilizan los aparatos de opresión y represión física, se trata de encubrir la violencia o justificarla como necesaria para el bien común, para el mantenimiento del "orden interno"; en el caso de la violencia ideológica, psicológica, es más complejo levantar el disfraz con el que se encubre. Sin embargo, no es difícil observar que el niño en la familia, la escuela y a través de los juguetes y las lecturas infantiles, sufre una presión pedagógica deformante; el joven en el colegio o la universidad, es encuadrado y sometido, y a veces angustiado, se fuga de la realidad con las drogas alucinantes; y los adultos en sus horas de trabajo, sobre todo los obreros, no sólo son sometidos a una labor alienada y alienante, parcelados y mutilados por la

división del trabajo, sino que en sus ratos de ocio se hallan bombardeados por las iglesias y sobre todo por los medios masivos de comunicación, generalmente en manos de las empresas transnacionales y, con raras excepciones, al servicio de la ideología dominante, con todos sus poderes. Pero de estos medios de violencia nos hablarán en concreto los demás señores ponentes.

De lo dicho se desprende que la violencia es fundamentalmente un fenómeno de carácter político y se halla inserta en la estructura misma de toda sociedad basada en la propiedad privada de los medios de producción y el lucro y escindida en clases antagónicas, que luchan por la toma del poder para implantar su hegemonía y la dirección de toda la sociedad. La violencia es eminentemente social y política.

EL IMPERIALISMO ESPECIALMENTE NORTEAMERICANO Y LA VIOLENCIA

El capitalismo es una formación social dinámica, con sus leyes inmanentes. La libre competencia conduce a la concentración y centralización del capital y el monopolio; la exportación de mercancías cede el paso a la de capitales y al dominio del capital financiero. Adviene el imperialismo, última etapa del capitalismo, según Lenin, en el último tercio del siglo XIX y principios del XX. Pero los Estados imperialistas no pueden contenerse dentro de sus fronteras nacionales y en su marcha expansiva en busca de mercados y materias primas, se enfrentan en un nuevo reparto del mundo colonial y esferas de influencia, en la Primera Guerra Mundial, de la que surge la revolución socialista, como un polo de contradicción y oposición. Los resultados de aquella guerra y la crisis de los 30, engendran la violencia indescritible del Estado fascista, que conduce a la Segunda Guerra, que trae la hegemonía de los Estados Unidos en el campo del capitalismo imperialista, por un lado y, por otro, el fortalecimiento de la URSS en la órbita socialista.

Esto determina que apenas vencido el nazifascismo, los Estados Unidos dirijan sus armas contra el que ahora consideran su enemigo principal, la URSS y el bloque socialista, en la llamada guerra fría, que conduce al agredido al destino del agresor, condenándolos a buscar un equilibrio en el terror bélico. Por otra parte, después de la Segunda Guerra Mundial y al terminar la de Corea, los Estados Unidos con un enorme desarrollo de las fuerzas productivas, bajo el impulso de la ciencia y la técnica, entran en una nueva fase imperialista, o sea la de integración alrededor de su eje, de los centros productivos del mundo, a través de los monopolios multinacionales o supranacionales, que requieren de la fuerza y la violencia para su expansión planetaria.

Todo esto conduce a que el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, más conocido como el Pentágono, que ha rebasado a los otros poderes, creara el Complejo Militar Industrial (CMI), al que se involucra la industria, la investigación, los mejores hombres de la ciencia y la técnica, las universidades, etc., puestos al servicio de la guerra. Uno de sus creadores, Milton Eisenhower,

aterrado ante el poder de su propio engendro, expresa: "Hemos sido obligados a crear una industria armamentista permanente de vastas proporciones. Además de esto, tres y medio millones de hombres y mujeres trabajan directamente para la defensa. Nuestro gasto anual en la seguridad militar es superior a los ingresos netos de todas las empresas norteamericanas... En los Consejos de Gobierno debemos cuidarnos contra la adquisición de una influencia desproporcionada, buscada o no, por parte del complejo bélico-industrial. Existe y seguirá existiendo el potencial para el funesto ascenso del abuso del poder". Y Seymour Melman: "La magnitud del imperio productivo controlado por el Pentágono limita los tipos de los bienes que pueden estar a disposición de la sociedad en general. El alcance del poder de decisión ejercido por la administración estatal, mediante el Departamento de Defensa, lo sugiere la magnitud de su presupuesto".

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki no son sino el comienzo de una carrera bélica, que une a las armas atómicas, las químicas, bacteriológicas, psicológicas, etc., cuyos efectos son aterradores. El gasto de millones y billones de dólares en esta tenebrosa tarea de fabricar artefactos, cada vez más sofisticados y mortíferos, no sólo lleva a la destrucción total del hombre, en conflictos sin precedentes, sino que engendra, en contraste, el hambre y la miseria de las masas populares: 600 millones de hombres mueren anualmente en el mundo por inanición y la mayoría de los sobrevivientes están desnutridos, frente a una ciencia y una técnica que coloca proyectiles en la luna y que podría dar paz y bienestar a todos los pueblos de la tierra. Este es el sistema de crueldad, horror e injusticia, que se trata de mantener por la violencia y el terror. El CMI, es la multinacional de la muerte, en beneficio de unas pocas familias imperiales.

En la cúspide de este complejo infernal, está la Junta de Defensa de los Estados Unidos, a la que corresponde el planeamiento de la seguridad en el conjunto y en la que participan la Agencia Central de Inteligencia (CIA), encargada de los servicios secretos; la Oficina de Investigaciones e Inteligencia de los Departamentos de Estado, Defensa, el Tesoro, la Comisión de Energía Atómica, a los que se agregan los Servicios de Inteligencia de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, Ejército, Fuerza Aérea y Naval. El Consejo de Seguridad Nacional, dentro del cual funciona el Comité de los 40, con representantes de aquél, del Pentágono, del Departamento de Estado, la CIA, el FBI y los de las Fuerzas Armadas, que presidiera Henry Kissinger, que pertenece al clan Rockefeller, y es el artífice de las intervenciones en América Latina, como en Chile, donde la presencia de las transnacionales, el Pentágono y la CIA, queda registrada en documentos inclusive del Senado norteamericano.

Los gastos militares de los Estados Unidos han continuado creciendo a través de los años, hasta llegar a la política del señor Reagan, de reducir los gastos sociales en beneficio de aquéllos, en términos alarmantes. El presupuesto del quinquenio 1981-1986, se ha dicho, revela una expansión de los gastos militares a una tasa media de 3.5 por ciento en relación con la de 2.6 por

ciento, entre 1975—1980. El crecimiento proyectado es de alrededor de un 50 por ciento para el quinquenio, que es el mayor realizado por los Estados Unidos en tiempos de paz. Pero también el armamentismo es un negocio redondo: en la década del 70, la venta de armas y la asistencia militar, duplicaron los niveles alcanzados en los dos decenios anteriores. En 1970, se exportaron algo más de 4.000 millones de equipo bélico y ya en 1980, la cifra se cuadruplicó, con enormes beneficios para los mercaderes de la muerte.

El impacto armamentista en los países del Tercer Mundo, desplaza a los recursos que podrían emplearse en su desarrollo, hacia los gastos militares, agravando la situación de pobreza y miseria de sus pueblos y ahogando todo esfuerzo por su liberación. Para los años 70, dichos gastos inducidos, en millones de dólares y, a estimaciones de precios de 1979, ascendieron a 32.980 en 1972, a 81.281 en 1981. El desarme, según las Naciones Unidas, produciría un incremento del 3.7 por ciento en el Producto Nacional Bruto mundial para el año 2.000, entre tantos otros beneficios de orden económico y social.

Frente a la inseguridad de un sistema que tramonta, con todas sus crisis y contradicciones, la ideología predominante es la de la seguridad. John Saxe-Fernández, nos dice: "Se desgastan sistemas nerviosos, redes sanguíneas, glándulas de secreción interna, hígados, ojos y sistemáticamente se destruyen las mentes y las individualidades, las autonomías y las creatividades, todo esto en nombre de la seguridad nacional, la seguridad empresarial, la seguridad familiar, la seguridad económica, la seguridad política". Pero la exacerbación de la seguridad, trae la agresividad que está en las entrañas del sistema. En palabras atribuidas al Presidente del Comité de Servicios Armados de los Estados Unidos, senador Russell: "Algo hay en la preparación de la destrucción que induce a los hombres a ser más irreflexivos para gastarse el dinero en ella que si estuvieran produciendo con propósitos constructivos. ¿A qué se debe esto? No lo sé, pero he observado a lo largo de un período de casi treinta años en el Senado, que hay algo en la adquisición de armas con las que matar, devastar, arrasar ciudades y destruir grandes sistemas de transporte que induce a los hombres a no fiarse en el precio con la misma atención con que lo hacen cuando piensan en su propio alojamiento y en el cuidado de la salud de los seres humanos".

LA VIOLENCIA EN AMERICA LATINA

América Latina y el Caribe, han sido las víctimas permanentes de la violencia del Imperio del Norte. Todos conocemos la historia de las continuas penetraciones, intervenciones, amputaciones, invasiones, desde la Doctrina Monroe de "América para los Americanos" y el **big stick**, hasta las últimas hazañas del incalificable señor Reagan en Granada y Centro América. Ya desde finales de la Segunda Guerra Mundial, se nos embarcó en la hipócrita solidaridad y seguridad continental, con el Acta de Chapultepec (1945), el Tratado Interamericano

de Asistencia Recíproca (TIAR—1947) y el Programa de Ayuda Mutua (PAM—1951). Alrededor del Complejo Militar Industrial, se tejó una red de organismos de entrenamiento, adoctrinamiento y suministro de armas y equipos. A partir de 1954, imparten entrenamiento especializado, la Escuela de las Américas de la Zona del Canal, llamada la incubadora de dictadores, que acaba de ser devuelta a Panamá, pero seguirá cumpliendo sus funciones; el Colegio Interamericano de Defensa, la Academia Internacional de Policía en Washington, además de 140 centros del Ejército y la Marina. Entre 1970—1975, fueron entrenados 71.651 militares latinoamericanos. Según Saxe—Fernández, los tópicos que requieren mayor atención en la preparación pedagógica de la oficialidad latinoamericana, incluyen: "Censura, sistema de control de transporte, operaciones químicas y biológicas, análisis de la CIA, acción cívica y asuntos civiles, operaciones clandestinas, comunismo y democracia, operaciones de cateo y cordón, disensión en los Estados Unidos, operaciones contraguerrilleras, criptografía, defoliación, inteligencia electrónica, guerra electrónica y contra medidas, uso de espías, interrogatorio de prisioneros y sospechosos (SIC), control de muchedumbres y otras reuniones masivas, efectos de las armas nucleares, fotografía para la inteligencia, detector de mentiras, control del populacho y de los recursos, operaciones psicológicas, cateos y allanamientos, huelgas, guerra especial, vigilancia, terror y operaciones clandestinas".

Fue en la década del 60, que se produce un viraje en la estrategia del Pentágono, con motivo de la Revolución Socialista Cubana (1959). La clase obrera y más sectores populares como los estudiantes, frustrados por las experiencias nacionalistas, populistas, desarrollistas, que los colocaron a la cola de la burguesía; los campesinos desplazados del agro, que van a engrosar los cinturones marginales de miseria de las urbes; el estancamiento de la economía y la mayor penetración de los monopolios norteamericanos, agudizan la lucha de clases y levantan movimientos populares y socialistas, que no podrían ser sofocados ni controlados sino por el empleo de las fuerzas armadas, las mismas que serán reveladas de la defensa nacional y reducidas a garantizar la seguridad interior, de acuerdo con la estrategia del Pentágono y las multi nacionales. Es cuando el Secretario de Estado Mac Namara expresara al Senado: "El primer objetivo en América Latina consiste en ayudar, donde quiera que sea necesario, la prosecución del desarrollo de las fuerzas militares y paramilitares indígenas capaces de procurar, junto con la policía y las demás fuerzas de seguridad, la necesaria seguridad nacional". Nada mejor que el informe al Presidente Nixon, del señor Nelson Rockefeller, representante del más gigantesco consorcio familiar, y su regocijo porque los militares latinoamericanos fueran entrenados no sólo como fuerzas represivas sino para la dirección del Estado en provecho de las transnacionales. Digamos unas palabras acerca de éstas y su interrelación con las dictaduras sanguinarias del Cono Sur.

Recordemos que luego de la crisis del 30, la Primera y la Segunda Guerra Mundial, se suplantó en buena parte el modelo agroexportador por el de subs-

titución de importaciones, o sea un desarrollo de la industria ligera, que inclusive hacia 1950, levantara la esperanza de ciertos sectores inclusive de izquierda, en un desarrollo industrial autónomo, y que es lo que abriera las puertas al populismo que arrebañara a los trabajadores a la llamada burguesía industrial, nacional, progresista (gobiernos del MNR, de Vargas, Cárdenas, frentes populares chilenos, Perón, hasta Velasco Alvarado y otros). Muy pronto este sueño se estrelló con el alto porcentaje de importación de maquinaria, equipos, materias primas, con el consiguiente desequilibrio de la balanza de pagos. La burguesía "nacional", que ni siquiera había podido desembarazarse de los sectores más rezagados del bloque en el poder, se mostraba incapaz de avanzar hacia la fabricación de bienes intermedios y de capital, por falta de fondos y la técnica necesaria para ello. Mas allí estaban las multinacionales en expansión, dispuestas a suministrarlos con inversiones directas en el sector manufacturero, que ofrecía grandes posibilidades de beneficios y acumulación, por cada unidad productiva, de las burguesías asociadas, con el predominio de la extranjera, que ha de llevarse la parte del león. Pero para obtener mayores beneficios se requiere mayor plusvalía, o sea una superexplotación de los trabajadores con la baja de su salario real, lo que, dado su nivel de conciencia, no podría realizarse en el ya limitado campo de la democracia y por los gobiernos civiles de una débil burguesía y sus partidos, sino por fuertes dictaduras militares, dispuestas a cumplir con el sagrado deber de la seguridad nacional, que para ellas es la modernización, la técnica, el poder económico, encarnadas en las multinacionales, y para lo cual es necesaria la supresión de la llamada cuestión social, y las disidencias, las contradicciones, las huelgas, en una palabra "el cáncer marxista", como dijera Pinochet, quien a raíz del golpe de Estado que derrocara a Allende, masacró a más de tres mil trabajadores que se hallaban desarmados en sus sitios de trabajo, otros tantos fueron encarcelados y torturados y 100 mil militantes de izquierda lanzados al exilio.

Especialmente las dictaduras militares incrementan los gastos militares en América Latina. Según reciente dato, a pesar de la asfixia de la deuda interna y la baja o nula tasa de desarrollo, ascendieron de 750 mil millones de dólares en 1982—1983, a 790 mil millones en 1983—1984, frente a la depauperación creciente de las masas populares. Los estados de excepción del Cono Sur han adoptado las tesis del neoliberalismo estilo Chicago, con todas las consecuencias, que sería largo analizar. Por otra parte, han creado enormes aparatos represivos, leyes como la de guerra, sitio, seguridad nacional y otras, que suprimen los más elementales derechos humanos; tribunales especiales de justicia militar que condenan sin fórmula de juicio; militarizan la educación en todos los niveles; dominan y controlan al máximo los medios de comunicación; incineran libros como los de Cervantes y Tolstoi, en las plazas públicas, pisoteando la cultura. Pero estas diversas formas de violencia, serán analizadas en detalle, por otros expositores.

LA CONTRAVIOLENCIA O VIOLENCIA LIBERADORA

Quisiera decir unas pocas palabras acerca de la contraviolencia o violencia liberadora. De lo dicho hasta aquí, parecería que debiéramos condenar toda violencia, sin considerar las condiciones, los objetivos y fines de la misma. Pero esto sería mirar sólo el un lado de la medalla. Ya Marx decía que la violencia es "la partera de toda sociedad antigua que lleva en sus entrañas otra nueva, el instrumento por medio del cual se impone la dinámica social y saltan hecho añicos las formas pobres, fosilizadas y muertas". En realidad, la historia no es otra cosa que la sucesión de diversas formaciones sociales; pero esto no se produce en un continun cuantitativamente evolutivo sino por saltos cualitativos, que constituyen la dialéctica de las revoluciones, que obedece a sus propias leyes. La revolución, en su sentido auténtico, no es una anomalía o una enfermedad del cuerpo social, como a veces se sostiene, sino una necesidad del proceso social, sin lo cual éste se inmovilizaría y estancaría. Son las revoluciones democrático burguesas, como la de 1789, las que derrocan el poder feudal que se había constituido en un obstáculo del desarrollo de las fuerzas productivas, para imponer el predominio del capitalismo y la burguesía; pero el actual sistema capitalista, a su vez, ha desarrollado en tal forma las fuerzas productivas, que ya no pueden contenerse dentro del marco de las relaciones de propiedad privada de los medios de producción, lo que se expresa en contradicciones como las crisis económica, social, política y espiritual, que sufrimos actualmente. Esto abre una época de revoluciones sociales que pugnan por destruir la vieja sociedad para crear una nueva, la sociedad socialista. Por ello se ha dicho que las revoluciones son las locomotoras de la historia.

Y creemos que ahí está la piedra de toque para calificar a la violencia. Toda violencia que se oponga de alguna manera a la transformación social o trate de detenerla, volviendo hacia atrás la rueda de la historia, es retardataria y contrarrevolucionaria. Por eso hay que diferenciar la revolución de los golpes de Estado y del terrorismo que es característica contrarrevolucionaria. La revolución que cayera en el terror, que es de carácter individual, se negaría a sí misma y contradiría la alta moral del auténtico revolucionario que utiliza la violencia como un mal necesario, ya que la historia enseña que ninguna clase social abandona sus privilegios sin acudir a la violencia para mantenerlos y mantenerse en el poder.

Hubiera sido interesante dilucidar también el tema de la extinción o no de la violencia, que para muchos está enraizada en la innata naturaleza humana y ha de durar tanto como la humanidad. Para nosotros que negamos tal tesis y consideramos al hombre como un conjunto de relaciones sociales, la violencia, que es de carácter fundamentalmente social y político, como hemos afirmado, termina con la supresión de las clases sociales y, en consecuencia, del Estado, que llegaría a extinguirse como instrumento de dominación, opresión y explotación de unos hombres por otros, para ser sustituido por la administración de las cosas, como lo concibieran los clásicos del socialismo.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

OBRAS ESCOGIDAS de Marx, Engels, Gramsci.

REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA.— Jorge Sorel.

EL ESTADO Y LA VIOLENCIA EN LA HISTORIA.— Roberto Calvo Ramírez.

IMPERIALISMO Y CULTURA DE LA VIOLENCIA EN AMERICA LATINA.— Octavio Lianni.

DE LA SEGURIDAD NACIONAL, PROYECCIONES HEMISFERICAS DE LA PAZ AMERICANA.— John Saxe Fernández.

EL ESTADO EN EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO.— Heinz Rudolf y Héctor Valecillos.

LOS CUATRO VIAJES DE CRISTOBAL ROCKEFELLER.— Gregorio Selser.

LAS CRISIS POLITICAS LATINOAMERICANAS Y EL MILITARISMO.— Isaac Sandoval Rodríguez.

LA AGRESIVIDAD EN LA SOCIEDAD INDUSTRIAL AVANZADA.— Herbert Marcuse.

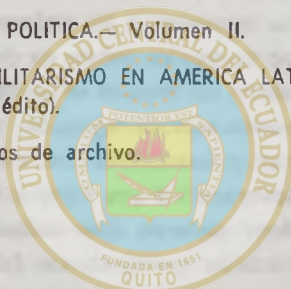
VIOLENCIA Y POLITICA EN AMERICA LATINA.— Julio Barreiro.

MULTINACIONALES Y DICTADURAS EN AMERICA LATINA.— Gabriel Santana.

LA GUERRA Y LA PAZ, NUEVA POLITICA.— Volumen II.

Del autor: IMPERIALISMO Y MILITARISMO EN AMERICA LATINA.— LAS DICTADURAS MILITARES EN EL CONO SUR (inédito).

Revistas, periódicos y documentos de archivo.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL